



¿Qué significa ser «hermanos en Cristo»?

por Antonio González

Tomo aquí la expresión «hermanos en Cristo», no como referida a una denominación cristiana, sino en su sentido bíblico originario: los cristianos somos «hermanos en Cristo» (Col 1,2). Ver la iglesia como una fraternidad en Cristo nos expone a una concepción radical de la iglesia, muy distinta de la que se forja en distintos moldes culturales.

Sin duda, cada cultura tiende a organizar la iglesia de acuerdo a ciertos patrones derivados de su contexto. En la cultura anglosajona, la iglesia es vista como un club en el que se realizan diversas actividades, coordinadas por el pastor. En la cultura española y latinoamericana, la iglesia se forma a veces en torno a la personalidad del pastor, quien asume la autoridad de un verdadero «caudillo». Otras culturas favorecerán por ejemplo el rigor litúrgico, o más recientemente, el capitalismo favorece la comprensión de la iglesia como una verdadera empresa, cuyo valor se mide por sus números. Todas estas concepciones de la iglesia tendrán que ser revisadas, y relativizadas, desde una comprensión bíblica de la iglesia, que nos habla de un grupo de hermanas y hermanos en Cristo.

¿Qué significa ser hermanos en Cristo? La carta de Pablo a Filemón, ese pequeño documento del Nuevo Testamento, nos da algunas claves esenciales. Se trata de un documento precioso. Onésimo, un esclavo de Filemón, ha huido de su amo, quien era cristiano. Pero Onésimo ha cono-



cido a Pablo, y ha llegado a ser también cristiano. Ahora Pablo envía a Onésimo de vuelta con su amo, acompañado de una carta de recomendación. Es la carta a Filemón. En ella, Pablo le pide a su amigo Filemón que reciba a Onésimo como a un hermano. Y por ello esta carta está llena de indicaciones sobre lo que significa ser hermanos en Cristo.

Ante todo, ser hermanos en Cristo es una gracia (vv. 3 y 25). No es algo que nosotros hayamos logrado, conseguido, ni siquiera pensado. Es un regalo de Dios. Y este regalo de Dios entraña la «paz» (v. 3). Ser hermanos en Cristo significa que, al ser cristianos, nos adherimos a una fraternidad que rompe las fronteras

culturales, étnicas, y nacionales, uniendo en un cuerpo a personas de distintas procedencias. Los antiguos enemigos pasan a ser ahora hermanos (Ef 2,13-15). De ahí que la verdadera iglesia cristiana nunca pueda apoyar las aventuras militares de unos pueblos contra otros: ella es una nueva realidad, compuesta de personas de toda raza, pueblo y nación.

Somos hermanos porque, en esa familia, todos tenemos un mismo Padre y un mismo Señor, que es Jesús el Mesías (v. 3), nuestro hermano mayor. En esa unidad, ser hermanos significa ser «colaboradores» (vv. 1 y 24). Cuando Pablo miraba a las iglesias, no veía meras «ovejitas», sino grupos de colaboradores. Su mismo trabajo era un trabajo en equipo. De hecho, si miramos al comienzo de muchas de las cartas que llamamos «de Pablo», veremos que no son solamente de Pablo, sino que casi todas ellas tienen la firma de sus colaboradores (1 Ts, 2 Ts, Col, Fil, 1 Cor, 2 Cor, Flm, etc.).

Además de ser colaborador, ser hermano significa ser «compañero de milicia» (v. 2). Literalmente, «co-

También en este número:

Caminar juntos, pero no atados	3
Rituales de transición (12)	4
Padre nuestro que estás en...	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: conversión	8

Ante todo, ser hermanos en Cristo es una gracia. No es algo que nosotros hayamos logrado, conseguido, ni siquiera pensado. Es un regalo de Dios.



soldado» (*systratiotes*). Esto nos da una idea importante de la perspectiva en la que se mueve la iglesia cristiana. Cuando los cristianos son carnales, pelean entre ellos (1 Co 3,3). Cuando los cristianos son espirituales, su lucha ya no es contra personas, sino que tienen un enemigo común: los principados y las potestades de maldad (Ef 6,12). Entender la iglesia como una fraternidad en Cristo significa vernos como un conjunto de soldados luchando contra un mismo enemigo, y necesitando el apoyo de los demás en una misma lucha.

Otra característica de los hermanos en Cristo es que son «compañeros» (v. 17). Se trata de una expresión griega (*koinonos*) que también podría traducirse como «socios». La idea que está detrás es la de tener algo en común. De hecho, el cristianismo primitivo, hasta el siglo IV, se caracte-

Otra característica de los hermanos en Cristo es que son «compañeros». Se trata de una expresión griega que también podría traducirse como «socios». La idea que está detrás es la de tener algo en común. De hecho, el cristianismo primitivo se caracterizó por un compartir intenso de los bienes.

terizó por un compartir intenso de los bienes, tal como vemos en los capítulos 2 y 4 de los Hechos. El razonamiento detrás de la carta de Filemón es justamente éste: si Onésimo, el antiguo esclavo de Filemón, es ahora hermano de Pablo, inevitablemente tiene que ser también hermano de Filemón, porque ambos son socios. Antes Onésimo era inútil para Filemón (un juego de palabras, porque Onésimo significa útil), pero ahora es útil tanto para Pablo como para Filemón (v. 11), como compañeros que son.

Todo esto se puede plantear porque el cristianismo de Pablo, Onésimo, y Filemón no es todavía una religiosidad imperial, organizada en templos, sino que tiene su centro principal en las casas (v. 2). Como es sabido, toda la pedagogía de Dios en el Antiguo Testamento va dirigida a la concentración del culto en un solo templo válido: el templo de Jerusalén (Dt 12). Pero con Jesús, ese templo es sustituido por el templo de su cuerpo (Jn 2,19). Un cuerpo que son los mismos creyentes, unidos en fraternidad, y no los edificios de piedra. Como Jesús había desarrollado su actividad en las casas de Galilea, también el cristianismo originario se organizaba en casas.

Esta nueva fraternidad incluye otras actividades concretas. Ser hermanos significa dar gracias unos por otros, hacer memoria unos de otros, orar unos por otros (v. 4). De hecho, la oración de Pablo, más que en quejas o en meras peticiones, constaba preferentemente de acciones de gracias (Flp 4,6). Y esto significa pensar en todo lo bueno, en lugar de pensar en lo malo (Flp 4,8). Precisamente por ello, ser hermanos en Cristo significa estar pendiente de todas esas noticias buenas sobre el amor y la fe de nuestros hermanos (v. 5).

Hay algo interesante en este amor y esta fe que Pablo alaba en Filemón. Filemón tendría amor y fe hacia el Señor Jesús y para con todos los creyentes (v. 5). Entendemos lo que es tener amor a Jesús y a los creyentes. Entendemos también lo que es tener fe en Jesús. Pero la frase de Pablo parece indicar que la fe de Filemón se

Pablo afirma que Onésimo ya no va a ser recibido como esclavo, sino como hermano amado. Pero Pablo dice que ser hermano amado significa ser «más que esclavo». Literalmente dice «súper esclavo». Ser hermano en Cristo no es algo ajeno a la esclavitud, o al servicio, sino precisamente hacernos siervos los unos de los otros.

dirige también hacia los creyentes. ¿Qué significa esto? En realidad, la palabra griega que traducimos por «fe» (*pístis*) se puede dirigir no sólo a Dios, sino también hacia las personas. En esos casos, se podría traducir por «confianza» o «lealtad». Desde este punto de vista, podemos decir también que ser hermanos en Cristo significa tener relaciones leales, en las que es posible la confianza mutua.

Por eso, ser hermanos en Cristo no es una pesada carga, sino a lo sumo una carga ligera (Mt 11,30). De ahí que la fraternidad en Cristo produzca gozo y consolación (v. 7). No sólo esto. Ser hermano en Cristo no sólo significa haber recibido un regalo, sino que uno mismo se convierte en regalo para los demás. Pablo le dice a Filemón: «espero que por vuestras oraciones os sea concedido» (v. 22). Los cristianos se convierten en regalos los unos para los otros.

Tal vez el resumen, y a la vez el momento central, de la carta a Filemón, lo encontramos en los versículos 15 y 16. Allí Pablo afirma que Onésimo ya no va a ser recibido como esclavo, sino como hermano amado. Pero Pablo dice que ser hermano amado significa ser «más que esclavo» (v. 16). Literalmente dice «súper esclavo» (*hypèr doûlon*). Ser hermano en Cristo no es algo ajeno a la esclavitud, o al servicio, sino precisa-

mente hacernos siervos los unos de los otros. Es lo que Jesús enseñó y practicó de una forma radical, no sólo lavando los pies a sus discípulos, sino muriendo una muerte de esclavo (Lc 22,25-26; Jn 13,34-35: Flp 2).

Y esto significa entonces que también Filemón va a ser siervo de Onésimo. Y lo será «tanto en la carne como en el Señor» (v. 15). Frente a todo intento de espiritualizar el cristianismo, la carta a Filemón entiende que la fraternidad es algo real, que afecta a la carne. Cuántas veces algunos dicen: «Éste es hermano mío, pero no carnal, sino espiritual». Y con eso lo que quieren decir es que, en realidad, no son hermanos. Sin embargo, ser hermanos en Cristo significa ser hermanos en la carne, precisamente porque los vínculos que se constituyen en el Señor son más reales y fuertes que los vínculos de la carne.

¿Cómo es esto posible? Como todas las realidades espirituales, su eficacia pende de nuestra fe. Por eso la fe de Filemón, y la comunión o participación (*koinonía*) que se deriva de esa fe, se hacen eficaces precisamente por el conocimiento de todo el bien que está en nosotros y que nos dirige a Cristo (v. 6). Éste es el deseo de Pablo para Filemón: una fe eficaz, y que es eficaz porque conoce todo lo que ha recibido de Cristo, incluso antes de verlo.



Parábolas para un mundo que vive a corto plazo (III)

Caminar juntos, pero no atados

por José Luis Suárez

1. Las parábolas desafían el orden y los sistemas de valores establecidos

Las parábolas nos invitan a abrir los ojos a las múltiples distorsiones de nuestro orden de prioridades en la vida. Es en este sentido que las parábolas son subversivas, ya que cuestionan continuamente nuestros valores y nuestras rutinas y hacen añicos nuestros ídolos.

Las parábolas desenmascaran la autosatisfacción de la vida. Desenmascara los convencionalismos en que nos apoyamos, con que racionalizamos nuestros comportamientos y mecanismos de defensas e intentamos proteger nuestro ego.

Las parábolas son una caja de resonancia, un espejo para que contemplemos nuestra vida en su globalidad. Nos obligan a comprender nuestra existencia con mayor claridad por medio de su mensaje. Nos invitan a reaccionar, a interpretar y evaluar nuestros pensamientos y conductas. Nos sacuden, induciéndonos a renovarnos y cambiar nuestras pautas de acción. Nos sacan del engaño respecto a nosotros mismos. Muy a menudo, nos muestran la falta de verdadero propósito de nuestra existencia.

2. Juntos pero no atados

Los sioux fueron una de las tribus de nativos americanos en lo que hoy

es Estados Unidos de América. Cuenta una vieja leyenda de este pueblo, que dos jóvenes llegaron cogidos de la mano a la tienda del viejo vidente de la tribu. Toro Bravo era el más valiente y honorable de los jóvenes guerreros. Nube Alta, la hija del cacique, una de las más bellas mujeres de la tribu.

—Nos amamos —dijo el joven.

—Y queremos casarnos —continuó ella.

—Nos queremos tanto que tenemos miedo. Queremos un conjuro, un talismán, alguna cosa que nos garantice que podemos estar siempre juntos. Algo que nos asegure que estaremos uno al lado del otro hasta encontrar al Gran Espíritu el día de nuestra muerte.

—Por favor —repitieron—, ¿hay algo que podemos hacer para que así sea ?

El viejo vidente los miró y se emocionó al verlos tan jóvenes, tan enamorados y con tanto anhelo esperando su palabra.

—Hay una cosa. Pero no sé... Es una tarea muy difícil y sacrificada.

— No importa —dijeron los jóvenes.

— Bien —dijo el vidente —. Nube Alta, ¿ves la montaña al norte de

nuestro pueblo? Debes escalarla tú sola y, sin más armas que una red y tus manos, has de cazar el halcón más espléndido y vigoroso de la montaña. Si lo atrapas debes traerlo aquí vivo el tercer día después de la luna llena. ¿Lo has comprendido?

La joven asintió en silencio.

—Y tú, Toro Bravo —continuó el vidente—, deberás escalar la montaña del Trueno y cuando llegues a la cima, debes encontrar a la más brava de todas las águilas. Sólo con tus manos y una red debes atraparla sin herirla y traerla aquí el mismo día en que vendrá Nube Alta. Y ahora, iros.

Los jóvenes se miraron con ternura y salieron sonriendo a cumplir su misión. Ella hacia el norte y él hacia el sur. El día establecido, fuera de la tienda del vidente, dos jóvenes esperan con sus respectivas bolsas de tela que contenían las aves solicitadas. El vidente les pidió que, con cuidado, las sacasen de las bolsas. Los jóvenes así lo hicieron y mostraron los ejemplares cazados. Eran espléndidos. Lo mejor, sin lugar a dudas, de sus respectivas estirpes.

—¿Volaban alto? —preguntó el vidente.

—Sin duda.

—Tal y como nos pidió.

—¿Y ahora qué? —preguntó el joven—. ¿Debemos matarlas y beber el honor de su sangre?

—No —dijo el vidente.

—Las cocinaremos y comeremos el valor de su carne —propuso la joven.

No —Dijo el vidente. Haced lo que os diré: Coged las aves y las atáis entre ellas por las patas, con estas tiras de cuero. Cuando estén bien atadas, dejadlas volar libres.

El guerrero y la joven hicieron lo que el brujo les pedía y soltaron las aves. El águila y el halcón intentaron levantar el vuelo, pero sólo conseguían arrastrarse por el suelo. Unos minutos después, irritados por su incapacidad, las aves empezaron a darse golpes con el pico y agredirse entre ellas.

—Este es el secreto: Nunca olvidéis lo que habéis visto. Vosotros sois como un águila y un halcón: Si os atáis el uno a la otra, aunque lo hagáis por amor, no sólo viviréis arrastrándoos sino que, tarde o temprano, empezaréis a haceros daño mutuamente. Si queréis que vuestro amor perdure, volad juntos pero no atados.

3. Mensaje que se desprende de la parábola

Amor, compromisos, conflictos, posesiones, riesgos, dependencias,

apegos, miedo a la soledad, realismo afectivo. Negociar las diferencias.

¿Cómo conjugar la libertad y el amor? ¿Cómo aceptar y respetar que el otro es diferente y, sin embargo, mantener el vínculo del amor respetando los espacios del otro?

¿La dependencia en adultos es un amor maduro?

1 Corintios 13,4-13.

4. Para la reflexión personal

Dejad que haya espacios en vuestro amor.

Dejad que los vientos de los cielos dancen entre vosotros.

Amaos el uno al otro, pero no haigais una atadura al amor.

Permitid más bien que un mar de movimiento se agite entre las costas de vuestras almas.

Bailad y cantad juntos, sed alegres, pero al tiempo que cada cual permanezca solo.

Daos vuestros corazones, pero no conservéis el uno en el otro.

Las columnas del templo se yerguen separadas, el roble y el ciprés no crecen cada uno a la sombra del otro (Khalil Gibran).

El amor es como un pájaro: Si lo aprietas demasiado se ahoga, si lo dejas a su aire se escapa (Jaume Soler).

Padre nuestro que estás en los cielos

Todo el mundo vio en 2006 cómo una comunidad de los ámish de Pensilvania se acercó con amor y perdón a la familia de un hombre que disparó contra cinco niñas escolares de la comunidad y las mató, y después apuntó su arma contra sí. A pesar de la profundidad de su angustia, el impulso ámish de perdonar fue espontáneo y universal en toda su comunidad de fe. Cuando les preguntaban de dónde nacía esta respuesta compartida, los ámish indicaron una y otra vez que se basaba en el Padrenuestro, con su petición de que Dios perdone nuestros pecados así como nosotros también perdonamos.

—El Padrenuestro se repite en cada una de nuestras reuniones —indicó un ministro de los ámish—. No hay ninguna reunión, boda, funeral, ordenación, ninguna, que no incluya el Padrenuestro.

Los párvulos ámish aprenden el Padrenuestro; los niños de edad escolar lo recitan cada mañana. El Padrenuestro es medular para el culto ámish. Da forma a su lealtad a Jesús e inspira conductas automáticas que siguen el modelo de las palabras y acciones de Jesús.

Estos párrafos, traducidos aquí de Nelson Kraybill, *Apocalypse and Allegiance* (Grand Rapids: Brazos,

2010), p. 190, me traen a la memoria mi niñez en la iglesia evangélica menonita de Argentina. Allí tampoco podía faltar el Padrenuestro todos los domingos en el culto de la mañana (no recuerdo si se repetía en el culto de la tarde). Todavía soy capaz de repetirlo de memoria en la versión Reina-Valera de 1909, tal cual la aprendí de niño.

Entiendo que para muchos, es importante dejar atrás rezos hechos, para aprender a sincerarse ante Dios con palabras propias y espontáneas del momento. Quién ha aprendido a repetir el Padrenuestro de carrerilla con la cabeza puesta en otras cosas,



sin meditar en el sentido de sus palabras, sin reflexionar sobre el significado monumental de cada una de sus frases, tal vez haga bien en dejarlo de lado por un tiempo —quizá algunos meses— mientras aprende a

orar de otra manera mucho más sentida, más personal y directa.

Sin embargo esta oración breve pero profunda que nos enseñó el mismísimo Señor Jesús, se merece la mucha atención y repetición que ha

recibido en la vida de oración de todos los cristianos durante todos los siglos y en todo lugar.

Es una oración de comunidad más que personal, una oración de alabanza y de santificación del Nombre. Una oración de esperanza en el reinado de Dios sobre la tierra. Una oración donde la supervivencia frente al hambre depende de la generosidad de Dios, no de nuestros esfuerzos egoístas. Una oración, en fin, que vincula abiertamente el perdón del Padre a nuestra propia capacidad de perdonar.

Sus pocas frases no tienen ninguna de ellas desperdicio. Abren a la mente y el corazón prácticamente la entera gama de la espiritualidad cristiana. ¿Quién, si no el mismísimo Hijo, pudo habernos enseñado a orar así?

—D.B.

Rituales cristianos de transición

12. Funeral

por Dionisio Byler

En las iglesias evangélicas — también en la tradición menonita — el funeral no es momento para rezar por el alma del difunto, con la esperanza de que Dios tenga a bien abreviar sus castigos antes de recibirlo en su seno. No es así como concebimos de nuestra relación de hijos con el Padre, ni el desenlace posterior a la muerte.

Quien es hijo, ya ha sido recibido con total naturalidad como tal por el Padre. ¡Ni falta que hace pedirlo!

Por mucho caso que nos quisiera hacer Dios a nuestras plegarias de admitir a un difunto al cielo, si la orientación fundamental de esa persona no es hacia Dios y hacia el prójimo, mal iba a encajar entre los que encuentre allí. En el fondo, las plegarias a favor del alma de los difuntos vienen a pedir que Dios lo cambie, ya muerto, cuando ni siquiera el mismísimo Dios ha conseguido cambiarlo durante toda la extensión de su vida. Tal vez sea cierto que una

vez muertos ya no seamos capaces de seguir oponiéndonos tozudamente a Dios; pero por la misma lógica, tampoco seríamos capaces, ya muertos, de cambiar de parecer y actitud.

No. Es otro el carácter que tienen nuestros funerales.

Quisiéramos proponer aquí que lo que de verdad interesa en el funeral cristiano, es la manera que escenificamos nuestro compromiso y apoyo unos a otros. Un apoyo y compromiso mutuo ahora en el dolor, como otras veces a lo largo de la vida ha sido —y volverá a ser— en momentos de felicidad y alegría, o en luchas y dificultades y pruebas, con sus victorias y derrotas.

Nuestra presencia fraternal, esos abrazos muchas veces sin palabras con que comunicamos: «Aquí estoy. No estás solo/sola». Son innumerables los gestos de solidaridad que ponemos en práctica automáticamente para

procurar hacer algo menos duro el amargo trago de la separación.

En otras generaciones hemos querido a veces insistir que la gloria de la certeza de resurrección y vida eterna, debía quitar filo al dolor de la separación en muerte. De tanto insistir en la gloria eterna, nos ha parecido poco decoroso el llanto. Hoy tendemos más a reconocer que sea cual sea la esperanza para el más allá, en este





más acá sentimos con hondo pesar que ya nunca podremos disfrutar de la compañía del ser querido que se nos ha ido; que ese dolor ante la separación es legítimo y es objeto de hondo respeto por todos.

Ya no se escenifica el luto con atuendo especial como antaño. Pero el caso es que hay un duelo inevitable que suele prolongarse a lo largo de todo un año con momentos especialmente intensos de echar en falta a la persona fallecida: el primer aniversario de boda sin él/ella; las primeras navidades en familia sin él/ella; y así, diferentes fechas señaladas de la vida familiar a lo largo de todo el año. Reconocemos que ese estallido repentino en lágrimas que nos suele prender por sorpresa es reparador; es dolor fuerte pero también dulce, porque por un instante hemos vuelto a sentir la intensidad del amor que nos unía y el escándalo de la muerte. Luego tan inesperadamente como llegaron las lágrimas, cesan; pero nos consuela sabernos capaces de volver a llorar la separación.

De manera que en el funeral cristiano vamos a querer ante todo, acompañar a quienes más intensamente vivieron en proximidad con la persona fallecida. Acompañar al viudo o la viuda, a hijos y nietos —o padres o abuelos— tíos, sobrinos,

novia o novio si viene a cuento, amigos especialmente íntimos. Todo lo demás se reúne en torno a esta idea del acompañamiento, de cerrar filas y reconocernos todos necesitados unos de otros en nuestros momentos más difíciles.

Esto es en cierto sentido una celebración de la vida a pesar de la muerte. Porque la vida sigue y aunque nunca nadie podrá llenar el hueco que nos ha dejado esta persona, el calor y la amistad y la proximidad y el afecto de los que nos quedan, nos ayudarán a curar la herida que nos ha provocado su partida. Una de las esencias de la vida es curar heridas; y una de las funciones de la hermandad cristiana es vendar apretadamente los corazones rotos para que Dios y el tiempo los acaben de curar.

Con todo esto en mente, son muchas y muy diferentes las formas que puede tomar un funeral cristiano. Si sabemos que la persona fallecida se sentía especialmente conmovida por ciertos himnos o coritos, buena es la ocasión para entonarlos —aunque su tonada o letra sea ligera y alegre, qué importa. Si solía recitar de memoria ciertos versículos de la Biblia que le inspiraban especial fe y confianza en Dios, buena es la ocasión para oírlos una vez más. Si era especialmente conocido por generosidad, buena es la

oportunidad para recordar alguno de sus actos; si por su sabiduría o profecía o palabras de fe, para recordar las cosas que nos decía. Si fue de esas personas discretas cuyo paso solamente notan sus íntimos más allegados, tal vez toque recordar que no daba problemas, lo cual tiene un mérito enorme aunque parezca poca cosa.

Celebramos así quién fue entre nosotros, el legado imborrable que nos ha dejado a cada cual su paso por esta tierra.

Como somos cristianos y vivimos con una esperanza de otras cosas más allá de éstas, seguramente querremos leer pasajes como el monumental capítulo de 1 Corintios 15 sobre la resurrección —que de tan extenso habrá que abreviarlo. O tal vez versos de esperanza eterna en los salmos, o promesas del Señor Jesucristo que resultan especialmente aptas para este tipo de ocasión.

Si el difunto era bebé o niño; si las circunstancias de la muerte fueron especialmente violentas o trágicas; o si alguien murió en rebeldía contra Dios y contra la fe de sus padres, tal vez venga a cuento echar mano de algunos versículos de Job o Eclesiastés —o de algunos salmos o hasta de Lamentaciones— para dar voz a la enormidad de la desolación que nos embarga. Pero naturalmente, tampoco nos quedaremos ahí sino que expresaremos también la certeza de hallar —tarde o temprano— refugio para nuestro dolor en el amor de Dios. Porque sabemos y declaramos que no nos ha abandonado, aunque eso parezca. No nos ha vuelto la espalda, aunque ahora no podamos ver su rostro.

Bueno es no emitir juicios apresurados cuando nos parece que alguien de nuestra comunidad ha muerto sin dejar buenos frutos, agradables ante Dios. Hay casos de crímenes muy sonados donde la prensa y toda la ciudadanía tiene opiniones sobre la culpabilidad del acusado; pero el juez que lo juzga es uno. Y así con la vida de cada ser humano. No debemos

Porque sabemos y declaramos que el Señor no nos ha abandonado, aunque eso parezca. No nos ha vuelto la espalda, aunque ahora no podamos ver su rostro.

confundir nuestra opinión superficial con la justicia fulgurante de Dios; entre otras cosas, porque jamás podríamos amar a esa persona como la ha amado Dios toda su vida y como la sigue amando. Hacemos bien, entonces, en dejar esto de juicios y opiniones a Dios, confiando que en

las mejores manos queda. Manos con las que dice el Apocalipsis que enjugará toda lágrima. Porque él nos devolverá a todos la sonrisa.

Marginando, entonces, cualquier asomo de negatividad que nos pueda apartar de ello, nos centraremos en consolar a la familia y a los más

íntimos con nuestra presencia, con nuestras palabras o silencio, con nuestros himnos y lecturas bíblicas.

Y aprovecharemos el funeral como ocasión para recapacitar que el apoyo de hermanos no es cosa de unos minutos, sino un estilo de vida propio de los cristianos.



Clases de inglés

Hoyo de Manzanares, 19 de mayo — Melissa Shumaker ha comenzado clases de inglés para niños en el local de la iglesia. Ha habido una buena respuesta del vecindario, y muchos niños de todas las procedencias (latinoamericana, española, árabe...) están asistiendo a las clases. También es una buena posibilidad de contactar con los padres.

Desvinculación de Tenerife

Quintanadueñas, mayo — En los últimos meses, la iglesia Manantial de Vida, de Santa Cruz de Tenerife, de la comunión de Hermanos en Cristo, se ha desvinculado de dicha comunión en España. La adhesión de esta congregación a AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España) fue automática, por su pertenencia a Hermanos en Cristo. Por consiguiente, al darse a conocer esa desvinculación, queda en entredicho también su pertenencia a AMyHCE. Es vocación de AMyHCE aglutinar a todas las iglesias anabautistas, menonitas, Hermanos en Cristo, Amor Viviente y afines en España. Los pastores y líderes de nuestras iglesias adoptarán una decisión sobre esta

congregación cuando se reúnan en su retiro anual en febrero de 2016.

—D. Byler, *Secretario, AMyHCE*



Cumbre de juventud

Quintanadueñas, mayo — Gracias a las ofrendas recogidas en varias de nuestras iglesias locales, y también ofrendas llegadas de menonitas europeos, nuestros jóvenes tendrán delegada en la Cumbre Mundial de la Juventud que se celebra en Pensilvania este verano.

La Cumbre reúne representantes de las convenciones nacionales de meno-

nititas y Hermanos en Cristo que participan en el Congreso Mundial Menonita (CMM). Se reúne cada seis años, en paralelo con dicho Congreso. Es una de las formas que nuestros jóvenes ven en práctica la pertenencia a una iglesia mundial.

Estuvo en duda la participación de Judit Menéndez (Burgos), la elegida en esta ocasión para representar a los jóvenes de España. En AMyHCE pensábamos que los gastos venían cubiertos por la cuota anual. Nos encontramos esta primavera con que no había presupuesto para ello. Todo se ha solucionado gracias a la espléndida generosidad de hermanos y hermanas. —D.B.

Retiro de iglesia

Barcelona, 23 de mayo — El fin de semana del 15 al 17 de mayo, hemos tenido un retiro en Comarruga. Hemos disfrutado de la comunión, de la playa y la piscina, y hemos reflexionado juntos sobre los siete principios de nuestra identidad menonita.



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

conversión — La transformación de una cosa o persona, en algo que no era antes. El hierro de las minas se convierte en acero. Por la sed de venganza, una persona pacífica se puede convertir en un asesino. En particular para lo que nos interesa aquí, la conversión es el cambio de religión donde un cristiano se hace budista, por ejemplo, o un musulmán, cristiano.

En las iglesias evangélicas suele estilarse la presuposición de que todo cristiano evangélico ha de poder identificar un momento cuando «me convertí».

Es difícil, sin embargo, hallar ejemplos de conversión en la Biblia. Descartando el caso de Abraham, cuya conversión —si es que la hubo— fue de sedentario en nómada, la primera «conversión religiosa» que nos relata claramente la Biblia parecería ser la de Jacob en Peniel. Allí no es que cambie de religión, de adorar otros dioses a adorar ahora al Señor. Jacob en su lucha toda la noche con el «varón» que se le apareció, sufre una transformación importante en su identidad y en su manera de ser. Sale de la experiencia con otro nombre, Israel, con una cojera permanente, y ya sin el terrible defecto personal de manipular siempre a los demás para estafarles y sacarles ventaja.

Otros casos que por lo dramáticos en sus consecuencias personales podrían parecer una «conversión», resultan cuando se miran con mayor detenimiento, constituir el llamamiento a ser profeta. Moisés frente a la zarza que ardía y no se consumía, no es tanto que cambie de religión como que ha sido llamado a liderar a su pueblo como profeta, en diálogo permanente con Dios. Lo mismo podríamos decir del jovencísimo Samuel cuando oye la voz del Señor. También la visión del Señor que tiene Isaías en el templo de Jerusalén, las visiones de Ezequiel junto al río Quebar, el bautismo y la tentación de Jesús, o la visión de Saulo de Tarso en las afueras de Damasco.

En estos ejemplos y muchos otros, se trata de personas que ya se saben pertenecer plenamente al pueblo escogido de Dios y de hecho tienen un buen camino andado en relación con Dios; pero que ahora descubren que han de desenvolverse de una forma nueva, con consecuencias históricas. Todos ellos son transformados por estas experiencias; pero éstas no constituyen en ningún caso el abandono de una religión por otra sino la intensificación personal de una devoción que ya profesaban.

Hasta la presunta conversión de gentiles en el Nuevo Testamento, tiene muchas veces un sentido igual de limitado al que habría que aplicar a cualquier judío que se acababa convenciendo que Jesús es el Mesías enviado por Dios para Israel. Esos gentiles normalmente ya estaban participando del culto en la sinagoga judía de su lugar, como extranjeros «temerosos de Dios». Aunque el seguimiento de Jesús seguramente intensificó el compromiso con Dios, tanto de los judíos como de esos gentiles, no suponía en un caso ni en otro un cambio de identidad religiosa.

Tenemos por lo menos dos casos claros de cambio de dios, cambio claro de identidad religiosa, bastante temprano en el relato bíblico. En ambos casos se trata de conversiones en masa, con todo lo problemático que resulta esto a la postre, cuando la multitud probablemente no sabe muy bien qué es lo que está haciendo.

Cuando Moisés llega a Egipto y empieza a promover el Éxodo entre los esclavos, tiene que explicar quién es este Dios que repentinamente promete liberarlos. Algún tiempo más tarde la multitud de esos esclavos fugados pacta una alianza con el Señor en el Sinaí. Pero queda claro a la postre, que toda esa generación entendió muy poco y muy superficialmente lo que Moisés les estaba explicando.

Otra generación posterior fue llevada por Josué a pactar su alianza con el Señor frente a Siquén, en el territorio conquistado de Canaán.

Josué les hace renunciar claramente a los dioses de sus antepasados, pero conforme avanza después el relato del libro de Jueces, nos damos cuenta que esa conversión en masa había sido también muy superficial. Ellos y sus descendientes siguieron adorando a los dioses que se suponía que habían renunciado, y entendían poco y mal lo que les exigía el Señor.

Más que promover el ideal de una conversión instantánea, la Biblia parece entender que la vida entera estará llena de cambios, transformaciones y conversión, con mucho retroceso mezclado entre los avances. Viviremos cambios a veces sorprendentes y rápidos, pero otras veces lentos, dolorosos, de difícil adaptación personal a los propósitos de Dios. Descubrimos así que los cambios más profundos suelen ser los más lentos; las transformaciones instantáneas, las más superficiales.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org